



Todos los  
lugares que  
mantuvimos  
en  
secreto

Inma Rubiales

Inma Rubiales

Todos los lugares que  
mantuvimos en secreto

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Inmaculada Rubiales Valero, 2024

Autora representada por EDITABUNDO, S. L., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: Compañía

Ilustraciones del interior: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: febrero de 2024

Depósito legal: B. 868-2024

ISBN: 978-84-08-28346-1

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España





*Maeve, abril, 2023*

Hay aproximadamente ocho mil kilómetros de distancia entre Miami y este pueblo cuyo nombre todavía no he aprendido a pronunciar.

La última vez que estuve aquí tenía seis años, el pelo corto a la altura de las orejas y la certeza de que era una niña feliz. Ahora miro por la ventanilla, hacia las calles cubiertas de nieve, y me da rabia no acordarme de nada. Son solo las cinco de la tarde, pero fuera está tan oscuro que parece de madrugada. La iluminación del pueblo es más bien escasa; habrá, como mucho, una farola cada trescientos metros. Los faros del taxi pasan a ser lo único que alumbra el camino cuando nos adentramos en el bosque.

Con un tembleque molesto en la pierna, reviso la dirección que apunté en las notas del móvil: 614 2501. Sarkola, Pirkanma.

Parece un trabalenguas. O un conjuro.

Pero no.

Es el pueblo de mi madre.

Durante un tiempo fue el mío también. No reniego de mis orígenes; simplemente no los recuerdo. Para mí no hay nada «familiar» en los árboles altísimos que bordean la carretera, ni en las casas de madera con las paredes rojas y el tejado gris que acabamos de dejar atrás. Me hubiera gustado ver fotografías antiguas de mamá, pero mi padre no guarda recuerdos suyos, así que no tengo nada. He venido a ciegas. Ni siquiera pude encontrar mucha información en internet, más allá de que es un pueblo pequeño, de unos seiscientos habitantes, donde ni siquiera hay

un supermercado. Seguro que es el último lugar en el mundo al que cualquier persona en su sano juicio querría ir.

Y yo he gastado buena parte de mis ahorros para llegar aquí.

He perdido la cuenta de las horas que llevo de viaje. Según lo que ponía cuando compré los billetes, han sido treinta y seis, entre transbordos y trayectos de avión y de autobús. He dormido en aeropuertos, pasado unos seis controles de seguridad y perdido el sentido del tiempo. Era de día cuando salí de Miami y ahora ya ha anochecido, pero no sé cuántos días han pasado, ni si es viernes, sábado o domingo. No tengo billete de vuelta. Puedo imaginarme lo que diría Mike si me viera en estas circunstancias.

«Esto es demasiado, incluso para ti».

Aparto esos pensamientos de mi mente antes de que vuelvan a torturarme, tal y como han hecho durante las últimas treinta y seis horas.

—*Olemme täällä, neiti.* —El taxista me mira por el espejo retrovisor. Ha parado el coche, por lo que no necesito entender el idioma para saber lo que me ha dicho: por fin hemos llegado.

Echo otro vistazo por la ventanilla. En algún lugar ahí fuera, sumergida en la oscuridad, está la antigua casa de mi familia. Lleva inhabitada catorce años, desde el día que nos fuimos. No sé qué esperaba al llegar aquí. Quizá que entraría utilizando la llave que guardaba como un tesoro en el cajón de mi mesilla —es uno de mis únicos recuerdos de mamá— y que, al volver a la casa en la que pasé mis primeros años de vida, todo volvería a ser como antes. Que por fin sentiría que he encontrado mi sitio. Que podría decirle adiós a esa soledad pesada, dolorosa y punzante que me acompaña desde hace años.

Además de impulsiva, a veces también soy muy ingenua.

El conductor frunce el ceño al notar que no respondo. Debería abrir la puerta y salir del coche de una vez. No lo hago.

—¿Conoce un hostel cercano? —inquiero en vez de eso. Me tiemblan las manos. Lo disimulo metiéndolas bajo mis piernas. Tengo que ser sensata: no puedo pasar la noche aquí. La casa está en medio del bosque y lleva muchos años abandonada. Lo más seguro es que no tenga agua, electricidad ni calefacción. No puedo enfrentarme a todos esos problemas ahora—. Un hostel —repito al ver su cara de confusión—. ¿Un hotel? Para dormir.

Sus ojos se iluminan. Asiente y vuelve a poner el coche en marcha. Me echo hacia atrás con un suspiro. No sé si me ha entendido del todo, pero al menos sabe que quiero salir del bosque. De hecho, diría que incluso parece un poco aliviado. A lo mejor temía dejarme aquí sola, que me comiese un oso y que eso pesase para siempre en su conciencia.

Cuando, unos minutos después, me deja frente a una casa grande con la luz del porche encendida, estoy convencida de que: a) me ha dado unas instrucciones que no he entendido y b) ha aprovechado mi desconocimiento con el euro para cobrarme de más. Decido dejárselo pasar, porque podría haberme abandonado en el bosque. Tampoco sabría cómo recriminárselo, de todas formas. Debería comprarme un diccionario. Y unas botas de verdad. Estas son demasiado delgadas para la nieve. Hace rato que no siento los dedos de los pies. ¿A cuántos grados estamos? ¿A menos veinticinco? Estoy acostumbrada a las temperaturas de Miami y el frío aquí es un horror. Da igual cuánta ropa lleve encima; no puedo dejar de tiritar.

Me pregunto si la humedad será culpa del lago.

Dichoso lago. Ya lo odio y todavía no lo he visto.

¿Qué diablos hago aquí?

«Imprudente. Eres una imprudente».

«Deberías estar en casa. Conmigo».

«Teníamos un futuro. Teníamos una vida».

Entro en el hostal.

Lo primero que me llama la atención es que el edificio tiene dos puertas; la exterior conduce a un minúsculo habitáculo con una rejilla en el suelo, donde me sacudo la nieve de las botas antes de abrir la siguiente. Lo segundo es el calor. La calefacción está a máxima potencia. El suelo está cubierto de moqueta gris, las paredes son de madera, y los muebles, rústicos. Hay un mostrador al fondo. Arrastro la maleta hasta allí con la mochila colgando del hombro y toco la campanita con los guantes todavía puestos. Al ver mis huellas en la moqueta, siento una punzada de vergüenza. A lo mejor tendría que haberme descalzado.

Espero que les queden habitaciones.

¿Qué se supone que tengo que decir? ¿Buenos días? ¿Buenas tardes? ¿Buenas noches? Son apenas las cinco.

—Hola —decido finalmente. Fuerzo mi mejor sonrisa cuando un hombre de unos cincuenta años sale por la puerta que hay tras el mostrador. Lleva el pelo corto, una camisa a cuadros y una barba prominente—. Yo... —Me aclaro la garganta—. Me gustaría saber si tienen...

—¿Habitaciones libres? Por supuesto.

«Gracias al cielo. Alguien que habla inglés».

Me lanza una mirada furtiva antes de ponerse a teclear en el ordenador. No debo de dar buena impresión. Abrigada hasta las cejas, con mi mochila y mi maleta a cuestas, seguro que parezco un perro abandonado.

—Necesito quedarme unos días —añado—. Pagaré lo que haga falta. En efectivo. —Lo último que necesito es que mi padre rastree mis tarjetas.

Eso le hace fruncir el ceño. Sin embargo, tras un silencio corto, solo indaga:

—¿Estadounidense?

—De Miami. —Procuro desviar la conversación hacia él para que no me haga más preguntas—. Usted tampoco es de por aquí, ¿verdad? Tiene un acento inglés muy marcado.

—Nací en Mánchester, Inglaterra. Vivo aquí con mi mujer y mis hijos desde hace ya muchos años.

Mánchester. Conozco la ciudad. He estado allí varias veces acompañando a Mike por asuntos de negocios. Estoy a punto de mencionarlo. Por suerte, me detengo a tiempo. Si quiero dejar atrás esa vida, el primer paso es no hablar más de ella.

—Me alegro de haber encontrado a alguien que hable inglés —digo en cambio.

Me desorienta un poco que él se eche a reír.

—Deberías decirles eso a mis hijos. Sobre todo a los mellizos. No hay forma de que le cojan el gusto al idioma. —Se oye una voz desde dentro de la casa. El hombre responde algo que no entiendo antes de volver a prestarme atención—. Es mi esposa —me explica con amabilidad.

Ella aparece unos segundos después con un niño dormido en brazos. Ambos tienen la piel clara, los ojos rasgados y el pelo casi tan blanco como la nieve. Intercambia unas palabras con su marido.

—Hanna quiere saber qué te trae por aquí —dice él.

—¿Ella no...?

—Ah, no. Sí que habla inglés. Pero no suele hacerlo cuando Niko está delante.

—Queremos que se acostumbre a hablar los dos idiomas en casa —me susurra ella, dedicándome una sonrisa cansada. Admiro la fuerza que tiene en los brazos; el niño no es precisamente un bebé. Debe de tener unos cinco o seis años. Seguro que pesa una barbaridad.

—Necesitaba un sitio para pasar la noche. —Imagino que esperaban algo más, pero no voy a entrar en detalles—. Tenía entendido que esto era un hostel.

—Cuando hay extranjeros en la zona, lo es —contesta el hombre—. Eso no pasa a menudo, así que la mayor parte del tiempo es solo un hogar.

—Tenemos una tienda de comestibles aquí al lado —prosigue Hanna, todavía sin levantar la voz.

—Es un pueblo pequeño, ¿verdad? —pregunto yo.

—Muy pequeño.

—Supongo que ahí reside su encanto.

Con eso me gano una sonrisa de su parte.

—Sí. Tenía una amiga que solía decir eso. —A continuación, se vuelve hacia su marido—. Las habitaciones no están preparadas. Puedes darle la cabaña que ocupó el último huésped. Es muy acogedora —me asegura—. Te encantará.

—Gracias. —Lo único que me importa es que tenga una cama y silencio para poder dormir.

El hombre se pone a teclear otra vez.

—Necesitaré tus datos para el registro, eh...

—Maeve —me presento—. Maeve Fraser.

La expresión de Hanna se congela.

Intercambian una mirada sorprendida y clavan sus ojos en mí. La habitación se sume en un silencio absoluto. Es como si me vieran por primera vez.

—Eres igual que ella —susurra Hanna—. No sé cómo no me he dado cuenta antes.

Me da un vuelco el corazón.

Sé a quién se refiere.



—¿Usted conoció a mi madre?

La mujer abre la boca, pero la cierra enseguida, incapaz de hablar. Justo en ese momento, el niño lloriquea y se revuelve entre sus brazos. A mí me late el pulso fuerte en los oídos. Quiero exigirle que conteste, que me hable de ella, que me cuente todas las historias que mamá nunca me contó. Su marido interviene poniéndole una mano en el hombro para darle un apretón.

—Maeve acaba de llegar de Miami. Debe de estar cansada del viaje. Dejemos que se instale. Y que duerma. Podemos hablar por la mañana. —La mujer asiente, todavía sin salir de su estupor. Él la acompaña dentro y, cuando regresa, vuelve a colocarse frente al ordenador—. Necesito el resto de tus datos, Maeve. No te preocupes. No tardaremos mucho.

Lo siguiente que sé es que se los dicto como una autómatas: Maeve Fraser, veinte años, residente en Estados Unidos, y mi número de pasaporte. Probablemente no sabría decir mucho más sobre mí misma. Después John —dice que se llama John— se ofrece a llevar mi maleta hasta mi cuarto. Salimos del hostel y enseguida echo de menos el calor de la calefacción. Por suerte, la cabaña no está lejos; la puerta se encuentra a unos dos minutos andando, en la parte derecha de la casa, frente al lago.

Me tranquiliza que esté adosada al edificio principal. Con suerte, también tendrá calefacción.

—Antes la utilizábamos como trastero —me cuenta John mientras forcejea con la cerradura—. Hace unos meses mi mujer se empeñó en redecorarla y ahora es una de nuestras mejores habitaciones. Tendrás mucha más privacidad.

Cuando John enciende la luz, compruebo que Hanna hizo un buen trabajo con la decoración. El suelo y las paredes son de madera y el mobiliario es rústico y sencillo: hay una cama doble, una alfombra redonda, una cómoda, un sofá y una puerta que imagino que conducirá al baño. John va directo a encender la chimenea mientras yo me froto los brazos para intentar entrar en calor. Hace un frío de muerte aquí dentro.

—¿De qué conocía a mi madre? —No puedo evitar preguntárselo mientras lo veo colocar la leña.

—Éramos buenos amigos —explica él con un suspiro—. De

hecho, tú solías pasar mucho tiempo con nosotros. Supongo que no te acuerdas. Cuando os fuisteis, todavía eras muy pequeña.

Noto una presión dolorosa en el pecho. Es verdad. No me acuerdo.

Pero estas personas conocieron a mi madre.

Ella estuvo aquí.

Es posible que pisara esta misma habitación.

El fuego regurgita cuando John lo enciende por fin. Se incorpora sacudiéndose las manos.

—Asegúrate de mantenerlo encendido. Tenía la esperanza de que la calefacción funcionara, pero, viendo el frío que hace aquí, no ha habido suerte. La revisaré por la mañana. Debería dejarte descansar. Si tienes hambre, puedo pedirle a mi hija Sienna que te traiga algo de cenar. O a Luka o a Connor, aunque probablemente te envenenarían sin querer —tercia con tono burlón.

Odio que sea tan amable conmigo. Hace que mi coraza se tambalee y que todo el peso del viaje me caiga encima: el frío, el cansancio, la soledad, la incertidumbre. No sé qué voy a hacer mañana. No sé cómo voy a convencer a papá de que no pienso volver a casa. No sé cómo voy a aguantar un solo segundo más sin echarme a llorar.

—No tengo claro durante cuánto tiempo podré pagar la habitación —me sincero. Concentro todos mis esfuerzos en evitar que se me rompa la voz—. Yo no..., no tengo adónde ir. Mi móvil no tiene cobertura, solo traigo dinero en efectivo y la casa de mi madre no... No...

—Maeva. —Su voz es firme y tranquila, como la de un padre acostumbrado a calmar a sus hijos pequeños—. Doy por hecho que tienes intención de quedarte un tiempo.

Eso me hace reaccionar. Me obligo a mantener la barbilla alta. No solté ni una lágrima cuando me subí al avión. No pienso hacerlo ahora.

—No voy a regresar a Miami. —Si hay algo que tengo claro, es eso. No sé adónde pertenezco, pero, si de verdad cuento con un lugar en el mundo, tengo la certeza de que no es ese.

—En ese caso, tenemos mucho de lo que hablar. Lo haremos cuando amanezca. Ahora deberías intentar dormir un poco.

—Prometo que os pagaré todo lo que pueda.

Él niega mientras se dirige a la salida.

—Bienvenida a Finlandia, Maeve —dice, abriendo la puerta para marcharse—. Ahora ya estás en casa.



Mi primera noche en Finlandia sueño con Mike, con papá y con Brenna, con un teléfono que no funciona y con un avión que cruza a toda velocidad el bosque.

Me despierta un ronroneo.

Y algo suave y peludo que se frota contra mi mejilla.

Abro los ojos de golpe y suelto un grito de horror.

—¡Maldito bicho! ¡Fuera de aquí!

Me incorporo rápidamente. El animal da un salto hacia atrás y curva la columna en posición defensiva. Es un gato negro, de ojos verdes, que parece bastante cabreado. ¿Cómo diablos ha conseguido entrar? Ayer dejé las ventanas cerradas.

—Me has asustado —le recrimino mientras mi respiración recupera su ritmo habitual.

Él bufaba como respuesta.

Miro el dormitorio y todo el peso de estos últimos días se instala de nuevo sobre mis hombros. Durante un segundo, había olvidado dónde estoy: en un pueblo minúsculo de Finlandia, a ocho mil kilómetros de casa, lejos de mi padre y su nueva familia. Lejos de toda mi vida. Lejos de Mike.

El gato maúlla.

—No vas a quedarte aquí —le advierto.

Tener un objetivo (sacar al dichoso gato de mi dichoso cuarto) hace que, al menos, no me venga abajo.

Él me observa impassible, ahora desde mi mesita de noche. Se ha sentado justo al lado de mi móvil. Parece que me esté re-  
tando a cogerlo para poder arrancarme la mano de un zarpazo. Nunca he tenido mascotas, pero sé algo sobre los gatos: son ariscos, insensibles y traicioneros. Por eso nunca me han gustado. Los odio aún más cuando pienso que, si alguien le preguntase a

Mike qué opinión tiene sobre mí ahora mismo, diría esas mismas palabras.

«Es arisca, insensible y traicionera».

«¿Cómo pudiste irte? ¿Cómo has podido dejarme aquí?».

Llaman a la puerta.

Me arrastro fuera del colchón sin perder de vista al intruso, por si acaso decide saltarme encima. Noto lo frío que está el suelo incluso a través de mis dos calcetines. Para estar más presentable, decido quitarme los pantalones del pijama y quedarme solo con las mallas térmicas que llevo debajo. Anoche desoí el consejo de John y apagué el fuego antes de meterme en la cama, a pesar de que la cabaña todavía no se había calentado, porque me daba pánico dormir con la chimenea encendida. Evidentemente, mi cuerpo no está acostumbrado a estas temperaturas, por lo que tuve que improvisar. No fui capaz de pegar ojo hasta que me puse encima casi toda la ropa que traía en la maleta.

No tengo ni idea de cuánto he dormido.

Voy hasta la puerta.

—Hay un gato en mi habitación —me quejo nada más abrir.

—En realidad, tú estás en *su* habitación.

Esa no es la voz de John.

Alzo la mirada. A diferencia de cuando llegué ayer, ahora sí hay luz y veo todo lo que me rodea. El paisaje invernal de Finlandia es espectacular. Y eso es lo que debería acaparar toda mi atención. La vegetación salvaje, el suelo cubierto de nieve, el lago congelado, el viento meciendo las ramas de los árboles, el cielo anaranjado, el sol escondiéndose tras el horizonte.

Pero no puedo dejar de mirar al chico que tengo enfrente.

Está apoyado contra la barandilla del porche delantero de la cabaña, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Tiene los ojos verdes, tirando a amarronados, y el pelo largo y alborotado, lleno de ondas castañas que no llegan a ser rizos. Hay algo en él que hace que el pulso se me acelere y apriete con fuerza la puerta entre los dedos. No sé muy bien qué es, pero me temo que voy a pasarme buena parte de mi estancia aquí tratando de descubrirlo.

Quizá sea su forma de observarme. Me está mirando como si creyera ver un fantasma. El silencio se alarga durante unos instantes que se me hacen eternos.

—¿Te conozco de algo? —La pregunta escapa de mis labios sin previo aviso. Me resulta extrañamente familiar.

Algo resplandece en sus ojos; ignoro si es sorpresa, tristeza o decepción. Sea como sea, desaparece tan rápido que, cuando esboza esa sonrisa encantadora, creo que han sido solo imaginaciones mías.

—Bienvenida de vuelta al mundo real, Bella Durmiente. Empezaba a pensar que nunca te despertarías. —Percibo cierta tensión en sus hombros, bajo esa chaqueta marrón tan abrigada que lleva puesta. Por lo demás, parece tan tranquilo que nadie que no le estuviera prestando demasiada atención (como hago yo) habría notado que es solo una fachada—. Soy Connor. Oksman —se presenta—. Uno de los hijos de John.

Hace unos años, en el instituto, aprendí que en la mente humana a veces se da un fenómeno conocido como «letológica». La palabra etimológicamente viene del griego, *lethe* significa ‘olvido’ y *logos* ‘palabra’. Hace referencia a cuando la memoria nos traiciona y se nos olvida justo lo que queríamos decir, aunque en el fondo sepamos lo que es. Suele pasar con cosas concretas, como nombres de libros, películas, lugares o personas. Si tuviera que describir a Connor con una frase, diría justo esa: es como tener un recuerdo en la punta de la lengua y querer darle vueltas y vueltas sin descanso hasta averiguar cuál es.

Me pregunto si él tendrá la misma sensación conmigo. Seguramente no y solo estoy desvariando. Será culpa del cansancio, del *jet lag*, o lo que sea.

—¿Cuántas horas he dormido? —Me siento un poco tonta al preguntárselo, pero me duele mucho la cabeza, todavía no he recuperado el sentido del tiempo y aquí anochece tan temprano que no puedo fiarme de mis instintos.

—Casi un día entero. Seguramente haya sido menos tiempo del que necesitabas. —No me pasa desapercibido que acaba de darme un repaso. Arqueo una ceja y él añade—: ¿Hay alguna razón por la que vayas vestida como si volvieras de una expedición en la nieve?

—Tenía frío. —Ahora mismo me arrepiento de no haberme mirado al espejo antes de abrir, pero no voy a dejar que se dé cuenta de que me pone nerviosa.

—Creía que mi padre te había dejado la chimenea encendida.

—La apagué antes de acostarme. No quería salir ardiendo.

—Preferías morir congelada. Entiendo.

—Tenía mantas. Y ropa. —¿Por qué diablos le estoy dando explicaciones?—. ¿Puedes sacar a tu gato de mi habitación, por favor?

Al oírme, chasquea la lengua y yo me pongo tensa cuando camina hacia mí. Se inclina para echar un vistazo al cuarto. De pronto está tan cerca que, por instinto, contengo la respiración. Aprieto la puerta hasta que me duelen los dedos.

—Se llama Onni. Significa ‘suerte’ en finés. Y es un alma libre. —No tarda en alejarse. Aun así, no me relajo—. De hecho, me sorprende que él no te haya echado de la habitación a ti.

Genial.

Resoplo, giro sobre mis talones y regreso al interior. Connor aprovecha que he dejado la puerta abierta para entrar sin preguntar —cosa que, por algún motivo, no me sorprende en absoluto—. El gato maúlla nada más verlo y salta al suelo para ir a frotarse contra su tobillo. Su dueño se agacha para acariciarlo.

—¿Tienes un gato negro que se llama Suerte? —Acabo de pararme a procesar esa información. Me arrodillo frente a la maleta para buscar algo que ponerme.

—Me pareció divertido —contesta Connor a mi espalda.

—¿Siempre acosa a los turistas?

—Solo a los que le gustan.

—Creo que ha intentado matarme.

—Lo dudo. Lo habría conseguido.

—¿Sabes? Eso no me consuela en absoluto.

Cuando lo miro por encima del hombro, descubro que me observa. El corazón se me acelera.

—¿Qué haces?

—Buscar ropa de abrigo. Hace un frío horrible ahí fuera.

—Mi casa está a diez metros.

—Serán diez metros de puro horror. —Vuelvo a mi tarea, saco un par de calcetines más y uno de los jerséis más calentitos que tengo—. ¿John te ha mandado a buscarme? —inquiero para romper el silencio.

—Algo así. Mis padres quieren que cenes con nosotros. Querrán presentarte a mis hermanos.

—¿Sois muchos?

—Demasiados para mi gusto. Puedo regalarte uno, si quieres.

Como llevo la camiseta térmica debajo de la sudadera, no me da pudor quitármela para ponerme el jersey. Connor ya no me presta atención; ha vuelto a agacharse para acariciar al gato, que no deja de ronronear.

—¿Eres el mayor?

—No. Esa es Sienna. Luka y yo somos los del medio. Somos mellizos. Nos distinguirás enseguida. Yo soy el guapo. Él es el que más gruñe. —Se incorpora justo cuando el gato sale corriendo de la cabaña, a saber adónde—. Niko es el pequeño. Luka lo llama monstruito, pero no es para tanto. Podría ser peor. Yo era mucho peor.

Si la idea de pasar más tiempo con Hanna y John ya me causaba vértigo, ahora, sabiendo que son tantos en la familia, esa sensación se ha acentuado. Sin embargo, no pienso echarme atrás. Voy a hacer esto. Por mamá.

—¿Seguro que habrá sitio para mí en la mesa?

—¿En la mesa? Claro que no. Estás en Finlandia. Aquí los invitados comen en el suelo.

—Muy gracioso.

—Puedes sentarte al lado del gato.

—Ese bicho no me cae bien.

—¿Vienes aquí a burlarte de nuestras tradiciones y menospreciar a nuestras mascotas?

Noto lo mucho que le cuesta reprimir la sonrisa. Decido ignorarlo y continúo vistiéndome. Me pongo el abrigo y los vaqueros, y vacilo a la hora de coger las botas.

—¿Os quitáis los zapatos antes de entrar en casa?

Alzo la mirada y sus ojos conectan con los míos. Veo cierto cambio en su expresión, como si por alguna razón mi pregunta le hubiera parecido muy relevante.

—Necesitarás un calzado más adecuado para el frío, pero sí. Ponte unos calcetines bonitos. —Vuelve a hundir las manos en los bolsillos. De nuevo, noto esa ligera tensión en sus hombros mientras se gira para salir de la habitación—. Me alegro de saber que al menos hay cosas que no has olvidado.